

1997

Mediodía; El buen pintor, Una pesadilla

Antonio Garcia-Lozada

Citas recomendadas

García-Lozada, Antonio (Otoño-Primavera 1997) "Mediodía; El buen pintor, Una pesadilla," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 46, Article 26.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss46/26>

Antonio García-Lozada

MEDIODIA

La isla a mediodía es insoportable. El calor y la humedad de la celda calan los huesos. Todos los habitantes entramos en un sopor que dura hasta las tres de la tarde cuando ha descendido un poco el sol. Esa es la hora escogida por el alcalde para las ejecuciones. Desde mi ventana alcanzo a divisar parte del camino que recorren los condenados. Generalmente son dos los que avanzan, custodiados por diez guardianes. Aquí nadie se preocupa por eso y hasta los mismos condenados parece que facilitan la labor de los verdugos. Algunos dicen que son criminales con más de cinco muertos encima. Llegan hasta los acantilados y allí los fusilan. Luego los tiran al mar para cebar los tiburones que rodean la isla. Cuando los guardianes regresan me siento nuevamente a escribir. Sé que algún día vendrán a llevarme a pasear y que desde mi ventana me veré en dirección a los acantilados de la muerte y que otro recluso forjará la ilusión de que soy un criminal peligroso con más de cinco muertos encima.

EL BUEN PINTOR

Nunca antes había estado en Caicara, pero sin embargo nada le era desconocido.

La iglesia de doble torre, el convento cuadrangular, el parque cónico, el Bolívar de concreto, las calles empedradas, las casas débiles y la cárcel con pintura de luto, no le eran desconocidos. Los perros flacos, el alcalde regordete, los policías armados hasta los dientes, las mujeres altas y bonitas, los niños de color bronce y los hombres mal vestidos, no le eran desconocidos. Caminó toda la mañana rodeando a Bolívar hasta que se detuvo cuando lo vio mareado. Palideció el concreto, se le encharcaron los ojos y cayó sobre un lodazal que fue, hace mucho tiempo, fuente.

Se despertó con la cabeza metida en la bacinilla de su propia urea y permaneció vomitando hasta que el mundo fue claro. Recordó la pintura que le inspiró el sueño.

UNA PESADILLA

Son las cinco. La luz rosada del amanecer traspasa la cortina y aclara las cosas. Acaba de despertarme. Cándida duerme junto a mí, inocente de mi querella. La abrazo como una prisionera muñeca de peluche.

Y, sin embargo, aún sale de mi boca ese aire tibio de venganza no lograda. Respiro con dificultad y sudo, como si acabara de perder una reñida partida. No veo las sombras que se besaban en la pared. No encuentro la pistola que yo llevaba en la mano y, en ninguna parte veo el hombre que yo quería matar.

(Diciembre del 89)